

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

ENSAYO FILOLÓGICO

(CONCLUSIÓN)

Basten para el fin que nos proponemos, estas ligeras indicaciones sobre Fonología y pasemos al estudio de los vocablos.

Al tomar una palabra para descomponerla, veremos que consta de diferentes elementos; entre ellos hay uno fijo, los demás cambian frecuentemente.

El primero se llama *raíz*; los otros toman el nombre de *afijos*. La raíz es, digámoslo así, la sustancia; los afijos, los accidentes.

La raíz expresa una idea fija, pero de una manera vaga é indeterminada; los afijos determinan la idea expresada por la raíz y la modifican de diferente manera sin que en

el fondo sufra ninguna alteración. Por ejemplo, en la palabra *port* y *porta* vemos una misma idea si bien diferentemente modificada. Esta idea está en la raíz, la letra *t* y la sílaba *ta* son afijos.

Lo mismo notamos en *capitol* y *capoll*: *Cap* es la raíz; lo restante, afijos.

El conocimiento de las raíces, es de absoluta necesidad para el de la lengua, pues por medio de él podemos reunir las palabras formando grupos y establecer así una especie de genealogía. Tomemos como ejemplo las citadas.

POR que el latín tomó del griego, incluye la idea de espacio ó abertura, y aumentando esta raíz nos resultan las siguientes palabras que envuelven todas la misma idea:

pòr-o, pòr-t, pòr-ta, pór-tal, pór-téll, pór-tería, pór-tassa, pór-ticó, pór-telló, pór-té, pór-télla.

La misma raíz con una *a* negativa nos dá *a-puro*, en griego *aporos*, es decir: sin abertura, sin entrada ó sin salida.

CAP idea de cabeza, de principio; nos dá:

cap-a, cap-ell, cap-ulla, cap-utxa, cap-sal, cap-sana, cap-salera, cap-oll, cap-ità, cap-itol, cap-amunta, cap-avalla.

AR idea de adaptar, ajustar, etc., nos dá:

ar-ma, ar-mélla, ar-mòlla, ar-golla, etc.

EST idea de fijeza, estabilidad, etc., nos dá:

est-ar, est-aló, est-aca, est-ora, est-anc, etc.

GEN idea de nacimiento, generación, etc.

gén-t, gèn-re, en-gen-drar, gen-eració, gén-ero, etc.

TOR idea de cosa que dá vueltas ó que se mueve con movimiento circular:

tor-n, tor-netjar, tor-nar, tor-rar, tor-cer, tor-tada, tor-téll.

Como se vé, el conocimiento de las raíces puede servir de mucho para separar de las palabras sus elementos de flexión y estudiarlos concienzudamente. Además, tiene mucho valor para fijar la verdadera etimología, evitándonos el perder el tiempo en vanas conjeturas.

Descartados de la raíz los elementos adjuntos, procede estudiarlos detenidamente para saber cual es su oficio. Unos sirven para los accidentes gramaticales; género, número, persona, voces, modos, tiempos, etc. y otros para la formación de nuevas palabras. Como para entrar de lleno en el estudio de los primeros se necesita un trabajo especial, largo y paciente, señalaremos algunos de los últimos que no ofrecen tanta dificultad y están sujetos á ménos alteraciones.

Los afijos que empleamos en mallorquín para la formación de palabras son casi los mismos empleados por griegos y latinos con las modificaciones consiguientes que han experimentado al pasar de una á otra lengua.

Para expresar la persona agente se añaden á la raíz los afijos *ér, tér, tor, ta*.

ER—*carnic-ér, tavarn-ér, tintor-ér, cotx-ér, carbon-ér, rellotj-ér; ferr-ér, etc.*

TER—*saba-tér, feme-tér, carre-tér, cafe-tér, confit-ér, car-tér, etc.*

TOR—*doc-tor, pas-tor, pin-tor*, y cambiando la *t* latina en *d* se forman *predica-dor, canta-dor, pesca-dor, venedor, trai-dor*, etc.

TA—*flautis-ta, coris-ta, solfis-ta, pœ-ta, sofis-ta, trampis-ta*, etc.

Para expresar nombres que significan acción se emplean los afijos *ió, da, ura*.

IO—*imitac-ió, func-ió, revoluc-ió, cuest-ió, escaps-ió*.

DA—*corregu-da, menja-da, buga-da, pesca-da, dina-da, atupa-da*, etc.

URA—*cost-ura, unt-ura, mes-ura, pelad-ura, escript-ura*, etc.

Para indicar el lugar en donde se ejecuta la acción se añaden los afijos *ía, dor*.

IA—*sabater-ía, confiter-ía, esparter-ía, fuster-ía, argenter-ía, adober-ía*, etc.

DOR—*obra-dor, pentina-dor, parla-dor, corre-dor*, etc.

Para expresar el instrumento con el cual se ejecuta la acción se emplean los afijos *ut, éll, eta*.

UT—*aum-ut, emb-ut*, etc.

ELL—*rib-éll, cub-éll, pinc-éll, sag-éll*, etc.

ETA—*chap-eta, guinav-eta, forqu-eta, tromp-eta, pal-eta*, etc., nombres diminutivos de otros terminados en *a* que indican también instrumento: *chap-a, forc-a, tromp-a, pal-a*, etc.

Para formar adjetivos, nos servimos de los afijos *ós, enc, dó, us*.

OS—*most-ós, rasp-ós, blanquin-ós, roñ-ós, negr-ós, gel-ós, rabi-ós, graci-ós, vermei-ós, pel-ós*, etc.

ENC—*vermei-enc, grog-enc, balduf-enc, verd-enc*, etc.

DO—*crida-dó, mermula-dó, renega-dó, destrui-dó, critica-dó*, etc.

US—*tartam-ús, erm-ús, conf-ús, ref-ús*, etc.

De igual manera se forman los adverbios, los aumentativos y diminutivos, (habiendo de estos últimos gran variedad en mallorquín) las ideas abstractas, etc., etc.

Hay que tener en cuenta, que pocas veces al separar los afijos de una palabra, las letras que restan sean la raíz pura, pues casi siempre es ya una raíz aumentada que toma en tal caso el nombre de radical.

Basta con lo expuesto, para ver que los estudios gramaticales, con los sistemas modernos, análisis y comparación, pueden adelantar muchísimo y hasta ponerse al nivel de los científicos, pues la Filología moderna puede legítimamente ostentar el título de ciencia.

ILDEFONSO RULLAN, Pbro.

EL MEJOR CONSEJERO

(CONCLUSIÓN)

Catalina había oído aquella tarde las palabras de gran sonido en el amor; todas esas frases tecnología amatoria de gran efecto para una jóven que la desconocía, pues Estéban no la empleaba en su lenguaje claro y racional. La pobre muchacha estaba en un momento de crisis. Hasta entónces la huérfana no había sido más que una mezcla de un poco de melancolía, un poco de alegría juvenil, algo de vanidad, de la simple vanidad de mujer, un poco de aspiracion natural á mejor estado y mucha sencillez, y todo esto no forma carácter. Pueden ser los ingredientes que lo compongan cuando un sacudimiento los combine, lo cual era muy fácil que sucediese aquella tarde, con unos acontecimientos tan extraordinarios: como los que iban á remover todo el corazon y toda la cabeza de la Lechera, resolviendo su porvenir tan en peligro, y más cuando los que velaban por ella no lo hacían con la mejor intencion del mundo, ménos D. Juan de Mata, á quien faltaba energía para poner pronto y acertado remedio.

Á la desamparada Catalina, por de pronto, se le habían subido á la cabeza las palabras de amor y de lisonja.

Todos entraron en la casa, y todos sofocados: D. Luis por los esfuerzos del último asalto, en la resistencia pasiva, que el rubor de la jóven prolongaba; Catalina por el hervir interior de ideas y sentimientos, en tumulto; Leonisa por las llamaradas de ira y de indignacion; Alicia de miedo que le daba la expresion de su hermana mayor; sólo D. Juan tenía frío, un frío que le descoyuntaba.

Entraron, para descansar, en una habitacion rodeada de cómodos y encoginados banquillos, en la que había también butacas sueltas; y la Lechera, sin detenerse, como solía hacer, por respeto, en la antesala, entró, con la familia, en la habitacion de las personas principales, y tomó asiento, con el galan al lado. Cuando éste sacó el pañuelo para enjugarse la frente, la esencia de azahar, desprendida, llevó á la jóven, con el perfume exquisito, el vapor del fausto; la mano, apoyada en el almohadon, al hundirse en la pana, sentía la impresion del terciopelo. Los colores de grana y azul de los tapetes, el marco dorado de un espejo, la blancura del mármol de la chimenea, y el bruñido de un piano vertical, desvanecían el sentido de la vista.

Alicia, medio sentada, hizo sonar indiferente algunas teclas; despues, colocándose mejor, puso las dos manos; luégo la voz de la sirena llenó el espacio con el aria de *las Alhajas*.

Catalina suspensa, había subido á la mayor altura, á la region de la música.

D.^a Apolonia había salido; D. Juan, apoyado en el antepecho de una ventana, tenía la frente descansando entre las manos; Leonisa, sin apoyarse en ninguna parte, cerca de la puerta, casi se sonreía.

D.^a Apolonia, entrando al concluir el aria, se dirigió con ademan solemne á todos.

—Señores, la merienda está en la mesa. D. Juan, vamos; no se haga V. rogar; sobrino, Catalina, adelante.

Al pasar junto á Leonisa, le dijo: si haces alguna imprudencia te despedazo.

Leonisa miró á su madre con una serenidad siniestra. Alicia cogió por la cintura á Catalina y la empujó suavemente hácia la mesa.

—Este es tu sitio.

La Lechera se sentó con la mayor naturalidad, y á su lado D. Luis; despues Alicia; luégo D. Juan, junto á D.^a Apolonia; Leonisa quedaba en pié. Nadie se atrevía á decirle nada.

D.^a Apolonia destapó una compotera; D. Luis esperaba una contestacion, como demostraba su actitud y su fisonomía ansiosa.

D. Juan de Mata, presintiendo algo que debía suceder, y para que sucediese, se dirigió á Leonisa, con valor.

—¿No tiene V. gana de merendar?

—Yo no me siento á la misma mesa que una lechera. Catalina, véte á merendar con el cochero.

En el silencio de los diez segundos de estupor, sólo se oyó un grito de Catalina, que se llevó las manos á la frente; despues se levantó con ademan de tigre, y se fué hácia Leonisa, al mismo tiempo que su madre le arrojó la tapa de la compotera, que en los cristales de la ventana se hizo pedazos con gran estrépito de vidrios rotos. D.^a Apolonia se avalanzó con la mano levantada y abierta, pero D. Juan la detenía pugnando.

—¡Miserable!... le decía D. Luis, sujetándola por una muñeca.

Catalina, inclinada, temblorosa, miraba á Leonisa á los ojos, miéntras encontraba la palabra más cruel que clavarle.

—¡Mal corazon!... le dijo, al fin, cerrando los ojos.

Era una falta enorme, de que nadie tenía la culpa más que el mismo mónstruo.

Alicia suplicaba á todos con los brazos tendidos.

—¡Por Dios que lo oirá el cochero!

—Apartáos, suéltame ó te muerdo.

D.^a Apolonia había arrastrado á D. Juan.

—¡Mala hija, te desheredo!

—No grite V. mamá.

—Quiero que lo oigan: te desheredo.

—¿Y tu padre quién era, quién era? le decía D. Luis.

—Señores, sosiéguese ustedes.

—Quiero gritar; no tendrá nada mío.

Leonisa, que se había desasido de D. Luis, se fué, á su madre, con ademan iracundo.

—Si mi padre no se hubiese casado con una lavandera no sucedería esto.

Cuando Catalina oyó este insulto parricida, se apartó horrorizada; miró á todos, y salió de la habitacion en el instante en que á los gritos de D.^a Apolonia entraba el cochero, y se desmayaba Alicia; y D.^a Apolonia atropellaba á D. Juan.

D. Luis se precipitó al camino, para alcanzar á Catalina.

—Mañana iré á tu casa á saber tu resolucion, que debe de vacilar ahora.

—No venga V., no venga V., contestaba sin detenerse.

—¿Por qué?

—Porque cuando un rico entra en la casa de una pobre, la deshonra.

—No iré sólo.

Catalina apresuró el paso hácia su casa, enjutos los ojos, pero muy encarnados.

IV

CATALINA

Catalina llegó á su casa sin ver á nadie, sin saber por donde iba, sonámbula; abrió el establo, se abrazó al cuello de su leal amigo, y rompió en llanto estrepitoso, como nunca había manado de aquel corazón herido.

—Me han despreciado, me han insultado, decía entre sollozos, y estoy sola en el mundo; ¡Dios mío, qué sola! Sin nadie que me vengue ¿cómo he de salir á la calle?... quisiera que se muriesen D.^a Apolonia y sus hijas, y aquel otro, y hasta D. Luis, y el cochero, para que nadie supiese que me han despreciado; no, Luis no;... sí, también, todos, que se mueran todos. Entónces podría volver á ser lechera sin deshonra; pero sinó, Leonisa me verá con las cantarillas y se reirá de mí... ¡nunca más pondré agua en la leche, nunca!... ¡y tú, bestia sin corazón, que no me des consuelo, ni me significas nada, tampoco me quieres ya; nadie me quiere! ni Estéban. ¿Cómo ha de quererme Estéban? D. Luis sí; y yo... también le quiero.

Catalina se apartó de *Curador*, y apoyándose en el pesebre, continuó pensando en desórden.

—Me casaré con él, y Leonisa me tendrá envidia, porque le quiere para ella; esta es la razón de todo; y se morirá de rabia: quien insulta á su madre ha de morir de rabia, no hay remedio. ¡Parecía un demonio cuando la llamó lavandera: qué horror!...

¡Me parece que la estoy viendo!... ¡qué ojos!

Madre mía, yo no lo hubiera hecho nunca; nunca me avergonzaré de tí; ni tengo por qué: soy hija de una labradora... ¡y no se lo dije á Leonisa, para hacerla ver que soy más que ella!; no se me ocurrió entónces; pero se lo diré, aunque tenga que embarcarme para encontrarla. Mi padre cortaba pinos, y tampoco se lo dije... Hija de un leñador y una labradora, soy más que Leonisa: nadie entre los míos ha lavado ropa sucia.

Catalina se dió iracunda una palmada en la frente; después se irguió más aligerada de peso.

—Puedo casarme con Luis sin rebajarle; no se avergonzará de mí;... ¡pero ha dicho que vendría!...

En aquel momento el asno enderezó las orejas, y se volvió á mirar al camino; Catalina corrió á cerrar por dentro las puertas del establo y de la casa, y, al sentarse en la de comunicacion interior, porque no quería estar sola, dijo á su compañero:

—Ya he cerrado; y volvió á sus cavilaciones.

El pobre animal, áun me quiere y me indica lo que debo hacer, ¡y no ha comido, ni bebido! Le daré agua en un barreño; no quiero abrir la puerta. Catalina tenía miedo en su casa, por primera vez.

Estas ocupaciones de la vida ordinaria aliviaron también á la Lechera; pero volvió á sentarse y á pensar.

—Luis me quiere, me lo ha jurado, y puedo creerle, porque soy hermosa; lo conozco cuando me miro al espejo; y además puedo casarme con un rico; pero no quiero, no quiero sofás, ni sillas forradas de encarnado como aquellas, ni mesas con paños azules y verdes... ¡Si yo supiese tocar el piano y cantar así!... no sé, no sé ni leer. Por eso me

desprecian todos, y Luis tambien: me dijo que una pobre podía casarse con un rico, y esto suponía que yo era ménos que él, cuando no tengo una tía lavandera, que no ha heredado tierra de sus padres. Esta casa y este *cuarton* de tierra fueron de mis abuelos, y mi honradez tambien es heredada; pero yo pongo agua á la leche, y esto no es honrado... ¡No lo volveré á hacer, no lo volveré á hacer!

Le diré á Luis que soy tanto como él. ¿Porqué no le he dicho que le quiero?... y es que me daba vergüenza; pero vendrá mañana á repetirme todo aquello que decía tan bien y que demostraba su amor; y Leonisa se morirá de rabia; y la despreciaré. Aprenderé á leer y á escribir y á tocar el piano y á cantar y alguna otra cosa que no sepa Alicia... ¿Pero cómo le digo todo esto á Estéban; cómo le participo que me caso con otro? Mañana no iré á Palma; no quiero verle... Estéban no puede quejarse, nunca me ha dicho que quisiese casarse conmigo, y no somos ni hermanos. Está resuelto, no voy á Palma...

Dando tortura al entendimiento pasó la velada, y se acostó muy temprano, y se durmió tarde, repitiendo todas aquellas palabras de amor que D. Luis le había dicho con la vehemencia de un galan veterano en las lides.

Aquella noche D. Juan de Mata entraba en casa del juez, D.^a Apolonia hacía un codicilo; Alicia calmaba á Luis; Leonisa tocaba el piano; y el cochero, en la cocina, contaba la tempestad de la tarde, exagerándolo todo, pues aseguraba á la cocinera y á la doncella que había entrado, á poner paz, con la fusta y haciendo sonar la tralla, lo cual no era cierto, pues había bastado su presencia para poner fin á aquel drama del género realista.

El sueño es la calma del espíritu, durante la cual se

precipitan al fondo las arenas pesadas. Yo no creo que la almohada sea consejero, pero sí que es un crisol de purificar de escorias los juicios y las impresiones; por eso á la mañana vemos las cosas de diferente color. ¿No os ha sucedido que lo muy negro por la noche os pareció muy claro al otro día?

Á la hora de siempre el mismo despertador vivo llamó á Catalina, y la luz de todas las mañanas entró en el cuarto. Cuando la Lechera abrió el postigo, el mar estaba en calma; y los pinos y los almendros tan verdes como todos los días; y las casas en su sitio; y la iglesia llamando alegre con su campana tan conocida; y la brisa fresca, y el agua también fresca; y en el fondo, ocultos por el arbolado cantaban los segadores y las espigaderas.

Después de haberse desayunado, abrevó el asno y lo ató fuera; se sentó junto al brocal, y acudieron á la memoria los acontecimientos de la tarde anterior, pero como si fuesen más lejanos.

—Hoy no quiero ir á Palma, no por miedo de que me vea Leonisa con los cantarillos de leche, porque, no poniéndole agua, no es deshonra ser lechera, sino por no ver á Estéban; ¿qué le diría, si le viese? ¿Porqué no ha de querer ser hermano mío? Dice que no lo somos, y es verdad, y me parece mentira. Si no lo somos, tengo razon en no ir hoy; cuando se queje le diré: ¡no somos hermanos!; ya sé que contestarle: ¡no somos hermanos!...

Ayer estaría yo más encendida que un pimiento, cuando para injuriarme, Leonisa me llamó lechera... ¡si lo soy!... La culpa fué mía en sentarme á la mesa con las señoras: no volveré á hacerlo hasta que valga tanto como ellas. De nacimiento soy más; hija de un leñador y de una labradora;

ellas nietas de no sé quien; y de sus padres se cuentan cosas;... y su madre fué lavandera: sólo me falta saber leer y escribir, tocar el piano y ser rica. Para ser rica me casaré con Luis, y lo demás lo aprenderé; ¡vaya si lo aprenderé! Despues no querré tratar á Leonisa, y le dire la causa; le diré: hija mía, yo soy más que tú, y valgo más que tú... Me parece que áun la veo cuando insultaba á su madre; me acuerdo más de esto que de lo mío... ¡qué ojos!...

El asno, viendo que pasaba la hora de ponerle la albarda y las aguaderas, se volvía impaciente de un lado á otro, como caballo de bríos.

—Quieto, hombre, hoy no vamos á Palma, porque ha de venir Luis...

Me parece que no le quiero tanto como ayer;... más que á Estéban sí;... pero si no es igual: al uno le quiero como á hermano y al otro como á novio. Luis es mejor figura que Estéban, aunque éste tiene más cara de hombre; Luis sabe querer mejor, y por eso lo dice mejor; cuenta el porvenir de un modo... ¡cuánta felicidad: todo amor!... ¡y en casa de Estéban hay una paz, cuando entro!... Todos los vasos están limpios y vueltos en la alacena, con su naranja encima; la ropa, más blanca que la nieve, en órden; y, si no lo está, la pongo... Me parece que si entrase en casa de Estéban, no estaría avergonzada los primeros días; y en casa de D. Luis sí: no me atrevería á cortar pan para merendar; pero eso no será más que una semana. Luis tendrá butacas y cogines, ¡cómo los del cuarto aquel en que Leonisa nos insultó á su madre y á mí!... pero eso no es motivo para despreciarle:... él no me desprecia á mí;... no me desprecia; pero dice que puedo elevarme, como la otra Catalina que fué reina; y esto es suponer que soy ménos que él; y lo soy: quisiera ser

mucho por mí misma: aprenderé á leer y á escribir; ¡vaya si aprenderé! Luis tiene unos modales muy finos, y Estéban... Estéban no me hubiera dado á comprender que se consideraba más que yo:... porque no lo es. ¿Pero qué hago? no parece sinó que esté en duda de con cual me he de casar;... y así es, dudo, dudo; sí señor; esta es la verdad. Veamos, porque puede venir; ¿y qué le contesto?... D. Luis me quiere más y yo tambien; me parece que sí; pero no estoy segura...

Catalina quedó ensimismada, con los codos en las rodillas y oprimiéndose la frente; al principio estuvo inmóvil; despues inquieta. De repente se levantó alzando las manos y la vista al cielo.

—¡Dios mío, todo he de pensármelo sola, no hay nadie, nadie que me aconseje! Estéban no quiere ser hermano mío...

Al sentir todo el peso de la soledad, se volvió suplicante al asno.

—¿Y tú qué me aconsejas? Nada, nada; me miras como un estúpido; me abandonas tambien; pues me iré á Palma, á Palma.

Y empezó á enjaezar con rapidez el tordo, repitiendo:

—Á Palma; allí conozco á un abogado, médicos, maestros, curas, y alguien me dirá;... así no me encontrará Luis cuando venga, y tendré tiempo de pensar; no volveré hasta la noche; veremos mañana; tendré un día más...

Catalina montó de un salto, y *Curador*, impaciente, hacía mucho tiempo, salió de andadura.

—¡Qué inteligencia la de este animal: porque conoce que es más tarde anda más deprisa!

Cuando llegaron al algibe de la Taulera, la cabalgadura se paró tan de repente que por poco apeó por las orejas á su ama.

—¡Arre, hombre! ¿Á qué le hemos de echar agua, al amor?... y ahora este animal me recuerda lo que Estéban dijo: que se puede adulterar el amor lo mismo que la leche y el chocolate. ¿Si me equivocaré cuando creo querer á Luis; si me equivocaré cuando creo que Luis me quiere; si me equivocaré cuando creo no querer á Estéban; si me equivocaré cuando me figuro que le quiero sólo como hermanos? ¡Sería horrible, Dios mío! y yo me confundo, me vuelvo loca. Iré á un abogado; ¿y qué saben de esto los abogados?; un cura tampoco lo entiende. Estéban me dijo que pidiese consejo á quien más me quiera, ¿y quién me quiere á mí? nadie, nadie más que este asno.

Catalina se enjugó una lágrima y se sonrió:

—¿*Curador*, con quién me caso, con Luis ó con Estéban?

Era una pregunta hecha en la desesperacion de la duda y el desamparo, en el ansia de la necesidad y en la supersticion de creer que el asno y ella se entendían, pero el asno siguió impasible su andadura; la jóven no tenía más recurso que estrujar el entendimiento, y quedó concentrada, abandonando la direccion del tordo, pues ella misma ignoraba á dónde se dirigía; en su preocupacion, no miraba á ninguna parte, y si miraba no veía. La cabalgadura iba apretando el paso, como hacía siempre que se acercaba á punto conocido, costumbre general de todas las caballerías; y tomaba y dejaba calles sin vacilar, conocedora de las encrucijadas; y era prueba evidente de que obraba con raciocinio, y sabía á dónde quería ir, el que no se detuvo en casa de ningun parroquiano, y siguió hasta la de Estéban, en dónde se paró de pronto. Á la sacudida brusca, la Lechera se escurrió del aparejo, sin que bastase á evitarlo el movimiento instintivo de sostenerse, y tuvo que dejarse caer, lo cual la despertó.

Al verse apeada á la puerta de casa de Estéban, un relámpago de alegría brilló en el rostro de la muchacha, que, pasando la mano por el cuello de *Curador*, le dijo:

—Te comprendo: es el consejo que te pedía; gracias.

Estéban acudió presuroso, con una cara como si no hubiese dormido en toda la noche.

—Creía que no venías hoy.

—¿Qué tienes, tan pálido?

—He pensado y he sufrido mucho, Catalina.

—Yo tambien, pero todo ha pasado, y estoy contenta; no estés triste Estéban.

—De tí depende, Catalina. ¿Qué te ha dicho aquel?

—Me traía noticias del tío; pero tambien me habló de amor.

—¿Y qué?

—Yo no le quiero.

—¿Y á mí?

—Á tí, sí.

—Serás feliz conmigo.

—Y tú conmigo.

Estéban estrechaba las manos de la jóven con una fuerza más elocuente que toda la tecnología vegetal amorosa de los poetas.

—Tú cuidarás de la casa, Catalina; yo venderé chocolate sin adulteracion, y seremos ricos. Estoy seguro de que quien acredite la lealtad de una marca se enriquecerá. Despues con las economías fabricaré aguardiente superior; luégo un aceite purísimo; jabon sin mezclas; y así iremos adelantando. La buena fé es el artículo de comercio que hoy debe explotarse, y mi nombre y mi sello serán garantías seguras y respetadas.

—¡Sí, sí, no pongas agua á nada!

La llegada de D. Juan interrumpió la fábula del chocolatero, algo más sólida que la de la Lechera, pero también un poco fantástica, sin el auxilio de la suerte. Venía el bueno de Mata sofocado, temiendo no llegar á tiempo de enmendar sus desaciertos de intencion, pues no había contribuido hasta entónces á nada, pero no por eso se creía ménos culpable y obligado á enderezar las cosas.

—¡Cuánto me alegro, Catalina, de encontrarla á usted. Sabía que acostumbraba V. venir á esta casa, y me he apresurado;... he de cumplir un deber con V. D. Luis la engaña á V.

—No, si no le doy oídos.

—¡Jesús; me quita V. un peso!... Sr. D. Estéban V. extrañará... Ya sé que es V. una persona de prendas, porque me han informado; pero V. no sabe quien soy yo:... Un hombre honrado...

—Estoy á sus órdenes.

—Como he hecho un viaje con D. Luis, y he conocido á su familia, comprendo sus planes, y he creído que debía revelárselos á Catalina, para que no se dejase engañar.

—Yo se lo agradezco á V., pero ella misma le ha dicho que no hay necesidad.

—No he concluído la mision que me he impuesto. ¿Sabe V., Catalina, por qué D. Luis quería enamorarla á V.?

—No, señor.

—Pues... Las alegrías no matan; puedo decirlo sin rodeos: pues la quería á V. porque es V. rica.

La jóven prorrumpió en una carcajada estrepitosa, al oír tan gran desatino; Estéban miró á D. Juan, para observar si tenía los ojos de loco.

—No estoy loco, no, señores; sé muy bien lo que digo. Esta jóven tenía un tío en América.

—¡Es verdad!

Estéban y Catalina empezaron á ponerse más serios.

—Supongo que no le producirá á V. honda impresion la muerte del tío, porque como no le conocía V...

—¡Se ha muerto!...

—Y la ha nombrado á V. heredera.

—¡Á mí!...

—Claro está: no tenía más parientes que tú. ¿No recuerdas que enviudó sin tener hijos?

—Es verdad.

—Y le ha dejado á V. una pingüe fortuna.

—¿Cuánto, cuánto?

—Mira, será mucho cuando el señor no se atreve á decírtelo de repente.

—Me ha comprendido V., Sr. D. Estéban.

—¿Me habrá dejado tres mil libras?

—No sé lo que es una libra; pero mucho más...

—¿Tres mil duros?

—Más, más...

—¿Seis mil? preguntó Catalina, cerrando los ojos porque empezaba á ver pavesas y puntitas de fuego. Estéban se ponía muy serio.

—Le ha dejado á V. lo suficiente para llevar coche.

—¡Jesús, Dios mío!

—¿Pero cuánto, cuánto, preguntó impaciente Estéban?

—Le ha dejado sesenta mil duros.

El chocolatero se pasó la mano por la frente; la Lechera extendió los brazos y se hubiera caído á no sostenerla don Juan, que la colocó en un sillón de vaqueta. Cuando, á los

pocos segundos, auxiliada por los dos, volvió en sí, rompió en copioso llanto.

—¿Por qué lloras, Catalina, por qué lloras?

—¡Qué alegría hubiera tenido mi madre!... ¡Nunca me avergonzaré de mis padres porque fuesen pobres!... ¡Y tú, Estéban, me querías cuando yo era pobre!...

—Siempre, siempre lo mismo.

D. Juan de Mata estaba radiante de alegría, casi rejuvenecido.

—Estéban, he de aprender á leer y á escribir y otras cosas; quiero valer sesenta mil duros... D. Juan, perdone V., gracias, muchas gracias... ¡qué cabeza tengo! Estéban, si has de ir á América á recoger eso, yo quiero ir tambien.

—Cálmate, cálmate.

—Y mira; no quiero irme á mi casa; me daría miedo estar sola.

—Irás á casa de mi tía Leonor. D. Juan te acompañará.

—Con mucho gusto, señora.

—Y deseo que me haga V. un favor; pero en el momento; ántes de nada.

—Ahora mismo. Quiero que vaya V. á casa de D.^a Apolonia á participarles á todos que me caso con Estéban.

—Tiempo habrá, mujer.

—No, no; ahora.

—Además, dirá V. á Leonisa que la perdono.

—¿Pero, señora; eso es generosidad ó crueldad?

—No lo sé, no lo sé; pero lo quiero.

—Volveré enseguida para acompañarla á V. á casa de la tía.

Cuando salió D. Juan Catalina se dió una palmada en la frente.

—¡Estéban, nos hemos olvidado del asno! y es una ingratitude porque él me ha aconsejado bien, porque me quiere.

—¿Aun tienes la manía de que te entiende?

—No lo sé, pero me quiere, y yo á él; ¡quién sabe!

Los dos acudieron solícitos á *Curador* que esperaba con la paciencia propia de su bello carácter. ¿La serenidad de su fisonomía, teniendo tan gran parte en la felicidad de sus amos, era modestia, ó denotaba que había obrado sin comprender lo que hacía, y acertado por casualidad? No tengo gran fé en la inteligencia del asno; pero racionemos: el tordo no se había detenido en casa de los parroquianos; luégo al pararse en la de Estéban no lo hizo por costumbre.

Recordemos que Estéban cuando llegaba Catalina, todas las mañanas, hacía una caricia á *Curador*, y como indudablemente los animales son agradecidos y quieren á unas personas más que á otras, y hasta aborrecen, el asno de mi historia fué á pararse á casa de Estéban porque le quería. Había obrado á impulsos de su corazón, y había acertado, lo mismo que si hubiese sabido hacer el siguiente raciocinio: un hombre con tan buen corazón, que acaricia á un animal, será un buen esposo y un buen padre: no lo había pensado, pero lo había sentido: sentir es más que pensar, ha dicho alguien y tiene razón.

Quince días despues Catalina y Estéban se casaron. La autoridad judicial había dado el consentimiento á la jóven, para este enlace, pues, á falta de quien tenga sobre los menores la patria potestad, el juez ejerce la padastro-potestad.

V

1881

Ayer, domingo, despues de una larga ausencia, salí á paseo; tomé el puente de la Riera, que vá estando muy maduro; y, cuando llegué delante de la fábrica de harina, ví una carretelita muy elegante y nueva tirada por un asno tordo. En la testera del carruaje se reclinaban un niño y una niña de unos seis ó siete años, tan gorditos y vestidos tan primorosamente y con tanta sencillez, que detuve al criado, para mirarlos bien. Tenían mofletes de serafin, ojos de diablillos, brazos carnosos y pantorrillas de los tiempos en que se merendaba. Aquellas criaturas, que no tenían las piernas como palillos de tambor, me admiraban.

—Estos niños deben de comer lo suficiente, dije al criado.

—¡Ya lo creo, sabe V. qué señora es su madre!

—¡Y tiene un gusto delicado, porque van vestidos!...

—¡Sabe V. qué señora es!...

—Yo no he visto á estos niños por el Borne con damas y galanes del mismo calibre.

—¡Ca, no señor!: los días de trabajo á Génova, y los domingos...

—¡Y sin embargo sus fisonomías me recuerdan!... ¿Cómo se llama tu padre, Marquesito?

—Estéban, para servir á V.

—¡Ah!... ¿y tu madre, Duquesita?

—Catalina, para servir á V.: yo tengo una casa en Gé-

nova, muy pequeñita; mamá dice que nació en ella y el abuelo también.

—¡Conque este asno es aquel tan amigo mío! ¿Y todavía no tropieza?

—¡Sabe V. qué bien cuidado está; los señores le quieren como á una criatura!

—Es una tontería y me alegro de saberlo. Será muy inteligente y manso.

—La señora dice que ha sido su mejor consejero; sólo en una cosa es torpe: siempre quiere ir por la orilla del camino.

Seguí mi paso. En *Tiradó* encontré á D. Juan de Mata, á quien no había visto hacía años. El buen señor se alegró mucho, y volvió atrás para acompañarme. La Rambla estaba llena de gente, y, como voy muy poco, miraba la concurrencia con aire de forastero. En un carruaje descubierto ví á D.^a Apolonia con sombrerito de paja, adornado de flores y plumas naturales; junto á ella estaba Alicia, con la cara como si hubiese trabajado en albañilería; cerámica pura; en el asiento de delante iba el chileno, con la nariz muy colorada.

—¿Pues qué, aún está aquí D. Luis?

—Si se casó con Alicia.

—¿Y cómo pudo consentir su madre?

—La chica le hizo un argumento contundente: de todos modos hemos de mantenerle...

—No tenía réplica.

—¡Y él se pinta peor que ella: mire V. qué narices!

—¡La fuchina!

—Sí, señor, sí; bebe.

—¿Y Leonisa?

—Murió.

—¡Hombre!

—Sí, señor, sí.

—¿Y Estéban?

—Su nombre es respetado en el comercio de Europa, América y Asia. La marca de sus géneros vale más que una fé de bautismo.

—¿Y V., y V., D. Juan?

—Yo estoy de tenedor de libros de Estéban.

—Quisiera volverle á ver.

—Pues le presentaré á V. en su casa. ¿Es V. hombre de bien?

—Sí, señor.

—Porque allí, ni á él ni á Catalina les gustan ciertas nebulosidades que hoy abundan; si está V. limpio de estafas y de embrollos, iremos, esta noche.

—¡Eso es la excomunion social!

—¡Gracias á Dios!

Quedamos en la hora y punto en que nos reuniríamos para ir á casa de Estéban.

Creo haber hablado de todos los personajes de esta historia... ¡Ah, no; se me olvidaba!... El marinero Bartolomé Xaloch ya no navega; pero no se le ha blanqueado el pellejo. Es guarda-almacen de Estéban, y vá al muelle con sombrilla.

ANTONIO FRATES.

D. GUILLERMO FORTEZA (*)

III

Cruzada de brazos parece la crítica, ante la tendencia de muchas literaturas á convertirse en cosmopolitas, borrando de sus páginas así todo color de época como todo tinte local y olvidando que es preciada excelencia de las obras artísticas, el santo perfume de la nacionalidad en que se esfumen y desvanezcan sus demás primores. Con esto queda planteada la cuestión de la importancia de la crítica y de la confianza que debe merecer á quien trate de justificar en sus fallos, las propias impresiones. Á primera vista se creerá que la erudición retórica, la lectura frecuente y la razonada comparación son bastantes á proveer al crítico de los necesarios pertrechos, poniéndole en las manos el exacto comprobante de sus exigencias, como la ciencia pone en las manos del topógrafo el teodolito ó la pentómetra para verificar sus mediciones con la exactitud apetecida. Medio inseguro y sujeto á profundísimos errores, sería el de aplicar friamente los principios estéticos á las imágenes producidas y determinar después, con seca fórmula, su discrepancia ó su conformidad. Empezarían por no situarse en el mismo

(*) Véase este tomo del MUSEO BALEAR, pág. 343.

punto de vista los que tal hicieran, pues ni todos los hombres pueden desligarse de vulgares preocupaciones, ni hay muchos de tan encumbrado vuelo que acierten á abarcar con su potente mirada, ni á juzgarlos con la misma predilección, todos los géneros, todas las ramas, todos los frutos que cuanto más ella se eleva, mejor pertenecen al dominio de la crítica. Escondido á nuestros ojos se halla el trono augusto de la belleza por más que vislumbremos sus primeras gradas y nos bañemos en su claridad sin percibir el eterno foco que la difunde.

El corazón humano se mueve por simpatía y con decir esto queda ya planteada la fórmula de la apreciación estética. El alma en contacto con las bellezas naturales ó con las artísticas experimenta dos fenómenos rápidos sí, pero nunca instantáneos, sino consecutivos y subsiguientes. Sentimiento y juicio ha llamado Milá, (quien mejor que nadie ha entendido esta teoría) á los dos momentos capitales de toda superior contemplación y esto nos conduce de la mano para conocer las condiciones exigibles á la personalidad del crítico.

Alma superior y de buen temple, sin deformidades ni antojos, sensible á toda interior vibración, y que responda á las misteriosas corrientes del sentimiento artístico, como el arpa eólica respondía á las sigilosas auras del crepúsculo: inteligencia clara, analítica y determinada: ni sobrado especuladora ó abstracta, ni que caiga en las minuciosidades del detalle estéril. Si se añade á esto el caudal que la lectura prudente haya dejado en los fondos de una memoria selecta, se tendrá el conocimiento preciso de la *subjetividad* crítica.

Imposible sería continuar estos superficiales apuntes sin volver á la del escritor cuyo nombre les sirve de título; pues

aquellas difíciles y encumbradas dotes hallaron su más vigorosa encarnación en la persona de Forteza y su más castizo y galano influjo en los escritos de su pluma, jamás tan numerosos como acertados.

Forteza personifica en nuestro balear renacimiento, el elemento crítico de la literatura y si aquel recuerda en algo la escuela lombarda, como no hace mucho se dejó decir un gran literato español, influya tal vez en ello la rigidez, nunca mogigata ni quisquillosa, de los juicios de Forteza, desacordes muchas veces con la opinión general que se abandona á corrientes peligrosas. Muestra viril de tal independencia supo ostentar en diferentes ocasiones y sobre todo cuando apreciaba disimuladamente obras castellanas, con el prisma de otras literaturas nacionales y escribía oportunísimas observaciones sobre el estado de la oratoria sagrada, acerca del teatro español ó de la novela y aun cuando no contentándose con el fallo de un público de Madrid decía apropósito de cierto drama: «Si un amor tan magistralmente dramático no merece los aplausos de la prensa y del público, peor para el público y peor para la prensa.»

Citamos estas agudísimas líneas para que se vea cuantas veces no es respetable la opinión de los más en achaques literarios, ya que el mal gusto es un mal contagioso y la superficialidad es un mal muy estendido.

Tal vez la época infausta para las letras, en que corrió sus primeras armas nuestro escritor, fué causa bastante á malograr en su gérmen las altas concepciones estéticas que acariciaba en las fecundas soledades de su ingenio nunca ocioso y á detener su pluma, ociosa muchas veces. Viene á corroborar, en parte, nuestro aserto la simple lectura de las obras de Forteza cuyos estudios literarios se refieren en

general á la especulación retórica, más bien que á la crítica aplicada y á las obras é impresiones del momento. ¿Sería que los libros dados á luz durante el tiempo de su madurez de criterio, no entraban la romana de lo notable, ni alcanzaban el peso específico que exige toda serena observación? ¿Había tomado, nuestra literatura, mezcla del romanticismo caduco y del naturalismo naciente, tal desvío y tormicimiento, que se considerase incapaz, él, con su fuerza personal de volverla á sus inmutables quicios?

Ayúdanos á creerlo sus estudios sobre el *Estado de las letras españolas* y sobre la *Influencia de la novela en las costumbres*, no ménos que sus observaciones respecto á la oratoria sagrada, obrillas todas que aparte de su valor de época y oportunidad, reúnen merecimientos inestimables para vivir años y años en la memoria del verdadero público.

Y sino ¿quién con más ardimiento y habilidad levantó su brazo para ahuyentar del púlpito á tantos y tantos *Fray Gerundios*, ni discurrió con tan sutil gracejo sobre los enrevesados vicios de su gárrulo decir, ni señaló con aquel acierto y benignidad las límpidas fuentes de la elocuencia sagrada? Tal opúsculo debiera estar siempre en ciertas manos y á la vista de muchos ojos y sonar en muchos oídos, pues á pesar de su llaneza y concisión, significa para nuestras letras cristianas algo como un tratado *De corruptæ eloquentiæ* de otro Quintiliano moderno.

Si le buscamos hablando de la novela, género enteramente humano, si puede decirse así, y por lo tanto discutible nos sorprende el reducido pero completísimo código de tal clase de libros, en el que no falta nada ni sobra nada, que así le gusta al docto como lo entiende el profano, que contiene, en fin, como en fórmula y misteriosa cifra todo

lo que pudo decirse de la novela, aun en nuestros días. Y para que los lectores que no hayan leído tal estudio puedan creerme por algo más que mi simple palabra, copio de él, dos ó tres sabrosísimas páginas. Hablando de cierta clase de novelas, que por lo que abundan es inútil explicar, dice: «¿Y cuántos jóvenes magnetizados por un novelista de esta especie no han soñado la vida como una continua y desenfrenada orgía de voluptuosidad y materiales fruiciones? ¿Á cuántos la impotencia de realizar sus sueños, no ha puesto el veneno ó la pistola en la mano? Y no son estas frases de melodrama; no. Una lógica fatal conduce al suicidio al que, concibiendo sólo la existencia como una fiesta suntuosa y oriental, síntesis de todos los goces corporales, tiene que tascar el freno del trabajo, luchar con la miseria ó estrellarse contra la cárcel angosta del deber, que es para otros un paraíso de escondidos y regalados deleites.»

Respecto de la utilidad y necesidad de la novela misma escribe: «El trato habitual con la sociedad influye en nosotros de una manera superficial é imperceptible. Ni la sagacidad observadora es don otorgado al común de las gentes, ni las costumbres sociales se presentan á menudo bajo un punto de vista plástico, ó digamos, convergente, como los rayos solares que se reúnen y unifican en un foco de cristal, para que causen en nosotros una impresión enérgica y profunda. Raras veces la observación cotidiana y vulgar acierta á descubrir los resortes internos que mueven á la sociedad; rarísimas logra ver pintorescamente contrastados los caracteres que en ella resaltan, y agrupados de una manera típica los rasgos, perdidos entre la multitud, de la infinita variedad de fisonomías morales que aquella sin tasa ni agotamiento ofrece. Esta percepción analizadora al

»principio y sintética despues, pertenece al dominio del
 »artista y del escritor, y en ella se cifra su mayor y más pre-
 »ciada gloria. No se nos tilde, pues, de paradojales si afir-
 »mamos que una novela de costumbres briosamente escrita
 »por un génio observador puede impresionarnos con más
 »viveza que el espectáculo ordinario y frío de las costumbres
 »mismas.» ¿Acaso alguien antes que Forteza había acertado
 á decir esto con tanta claridad y evidencia? ¿Acaso se ha
 dicho algo para demostrar la utilidad de la novela, que
 supere las líneas transcritas?

Renunciamos á hablar particularmente de sus juicios
 críticos sobre diferentes producciones, modelos, algunos, de
 sensatez y comedimiento sin las bufonadas que privan hoy
 día, sin diatribas contra la joroba ó la peluca del autor, sin
 dentelladas malignas ni aristofánicos epigramas. Atesoran,
 sí, la jovialidad espontánea de nuestro carácter español, la
 luz de nuestras mañanas, la sal *neo-ática* de nuestros burla-
 dores y el garbo de los maestros del siglo de oro.

IV

Daríamos por terminado nuestros apuntes con el pá-
 rrafo anterior si confiásemos más en nuestras personales
 observaciones. ¿Habrán servido éstas, para esclarecer la
 silueta literaria de Guillermo Forteza, que tan confusa vén
 muchas gentes, aun de las que veneran su nombre?

Mucho lo deseamos. Ni se pierda de vista para ello que
 su mérito no estriba en pasajera y pocas veces honrosa po-
 pularidad, ni en suplantadas anécdotas ó clandestinas escen-
 tricidades. Considérese á nuestro crítico, como un escritor

sério, que nadie como él puso mejor límite entre el hombre y el artista: considérese que no trajo á sazón todos los frutos que maduraba por que la época no le prestó la oportunidad de verdaderos acontecimientos literarios. Así se le tendrá como espíritu de gran temple dispuesto á toda fruición de la belleza por leve que se manifestase: como inteligencia previosa y de gran alcance, pronta en aconsejar y acertada en el consejo, y como un crítico que si tiene mucho de dogmático no tiene ménos de poeta, cuando en muchas de sus producciones canta los recónditos estremecimientos del placer artístico.

M. S. OLIVER.

AMOR DE MARE

La demés es ayre.

Lo dolent fill á la dolenta filla
digué un matí:

—Tu ets de mon cel la estrella que més brilla,
¿qué vols de mí?

Te portaré de casa del meu pare...
tot un tresor,

te portaré les joyes de ma mare.

—Pórtam son cor.—

Lo dolent fill la troba que dormía
tot somniant,

lo somni dols que día y nit somía
n' es son infant.

Obre son pit y ab un coltell arranca,
son pobre cor,

son cor que viu, com colometa blanca
del seu amor.

Com llantia d' or portantlo en sa má dreta,
batre lo sent.

—¡Oh qui 't sentís, oh cor de ma mareta,
d' amor batent!—

Tot caminant, de sa estimada queya
prop del portal,

y ab dolsa veu lo cor hermós li deya:

—¿Fill, t' has fet mal?

JACINTO VERDAGUER, Pbre.



D. PEDRO JOSÉ GELABERT

Pocos mallorquines desconocerán sin duda este nombre, asociado indefectiblemente á todos los proyectos honrosos y á todas las empresas laudables, que han encontrado eco y protección en nuestra isla: pocos serán tambien los que ignoren las raras condiciones de carácter é ilustración que al señor Gelabert adornaban, ni lo mucho que le debe el progreso intelectual de nuestra provincia; bien por haber popularizado como editor las obras más selectas de nuestros autores y las revistas más autorizadas de los centros científicos, bien por haber levantado la industria tipográfica en Mallorca al mayor nivel que alcanza hoy en las capitales del continente europeo.

Prueba elocuente de ello son la série no interrumpida de ediciones que han salido de su establecimiento desde la gloriosa restauración literaria, cuyo ilustre iniciador Mallorca llora todavía, y que en la imprenta del señor Gelabert hallaron buena voluntad y elegantes caractéres para ver la luz pública, tan difícil de lograr hoy día en las ciudades populosas.

Desde la *Biblioteca de escritores baleares*, *Varones*

ilustres y otros estudios del erudito Bover, hasta las *Obras Rimadas de Ramón Lull* publicadas por Rosselló; desde el *Felix de les maravelles* y la *Consolació de Filosofia*, (obras estas dos últimas cuya impresión difícilmente logrará ser superada), hasta los primorosos volúmenes de *Géminis é Impresiones* por Frates y *Obras críticas y literarias* de G. Forteza: desde el *Almanaque balear* que como regalo á los suscriptores de su periódico el *Isleño* venía publicando anualmente, hasta nuestro modesto quincenario ya en su primera época, y tantos y tantos otros trabajos, todos han visto la luz pública en el establecimiento de Gelabert.

Y Gelabert acaba de fallecer ahora rodeado de sus amigos, llorado por una familia modelo de honradéz y laboriosidad y respetado por todos los que aun sin tratarle conocían sus exquisitas dotes y reservada formalidad.

La redacción del MUSEO hace desde estas columnas, votos solemnes para que encuentre imitadores su vida y experiencia, ya que es irremplazable el vacío que deja á nuestro lado.

Tal vez sea dado encontrar un editor que logre su acierto y su cuidado: que se le acerque en los conocimientos del arte y en la extensa instrucción que alcanzó en los momentos de su descanso: encontrar un amigo tan fiel y un compañero tan discreto será muy difícil si Gelabert hubiese muerto sin los hijos que honrarán su memoria.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

I—Muñoz Capilla (Fray José de Jesús,) agustino.—Arte de escribir. Con las lic. necesarias.—Valladolid. Imp. de la Viuda de Cuesta é Hijos. 1884.—Tomo en gran. 16.º xv-498 págs.

La órden de San Agustín ha sido una de las más doctas y literarias en España. Desde la época en que floreció el insigne agustino Fray Luis de León, ornamento de la literatura española, no se ha visto interrumpida la série de varones ilustres, que, fieles al espíritu del Doctor Hiponense, han dado claras muestras de su vasto saber y conspícuo talento en todos los ramos de la esfera literaria. En aquel siglo, el más glorioso de nuestra historia, al lado de los grandes escritores clásicos, propuestos como modelo á la estudiosa juventud, se cuentan ingenios tan esclarecidos como *Pedro Malon de Chaide*, autor del *Tratado de la Magdalena*, de brillante, pintoresco y donoso estilo, aunque le sobra fausto y aderezo; *Fernando de Zárate*, que escribió los *Discursos sobre la paciencia cristiana*, modelo de frase limpia y clara; y *Juan Márquez*, lumbrera del claustro salmantino, calificado por la crítica como uno de los primeros escritores del elegante y culto estilo castellano, nunca seco, ni cortado, sino jugoso y flúido, de cuyas dotes ofrecen clara muestra las obras siguientes: *La Espiritual Jerusalem*, tan poco celebrada como conocida; *El Gobernador cristiano*;

el *Origen de los Ermitaños de San Agustín* y la *Vida de Fray Alonso de Orozco*.—Á fines del siglo pasado y principios del presente, se levanta esa pléyade de doctísimos agustinos, que, atesorando toda clase de erudición eclesiástica y civil, empuñan el cetro de la crítica histórica. Tales son el famoso *P. Enrique Florez*, que dió comienzo á la *España sagrada*, monumento insigne de laboriosidad y crítica, y los no ménos célebres *PP. Manuel Risco, Antolin Merino* y *José de la Canal*, continuadores de la misma, supernumerarios de la Real Academia de la Historia. Gozan tambien de sólida reputación, si bien en grado inferior á los anteriores, los *PP. Lorenzo de Frias, Antonio Ballesteros, Miguel de Jesús María, Alberto Pujol* y *José Gobeá*, que alcanzaron igual honra del docto Instituto; el laborioso é infatigable *P. Francisco Méndez*, autor de la *Tipografía española*, de gran valía entre los eruditos, en la que colaboraron preclaros agustinos, que, apesar de ser desconocidos, merecen ser citados; tales son los *PP. José Bouza, José Herrero, Isidro Hurtado, Eugenio Ceballos, Domingo Feliu, José Ferre, José Abila, José García Doblado, Juan Hernández, Juan Fernández de Rojas, Lorenzo Marin* y los ya citados *Risco* y *Merino*; los tan celebrados *PP. Juan de la Concepción*, autor de una *Historia general de Filipinas*, publicada en Manila en catorce tomos; *Manuel Buzeta* y *Felipe Bravo*, que lo son del *Diccionario geográfico, estadístico é histórico* de las citadas islas; y los varios que en fraternal consorcio publicaron en la mencionada capital en 1860, el *Vocabulario de la lengua tágala*, entre ellos, como más eficaces colaboradores, *Noceda* y *Sanlúcar*.—Y hoy día, los hijos del sabio obispo de Hipona residentes en España, acrecientan con perseverante esfuerzo el caudal lite-

rario de sus mayores, como gallardemente lo patentizan en la redacción de la preciosa y erudita *Revista Agustiniiana*, única en su clase, que, con tanto solaz y contentamiento de los doctos, publican en Valladolid; monumento de erudición y buen gusto, riquísima mina de documentos sacados de nuestros archivos de Indias y Simancas, de las Bibliotecas de la Academia de la Historia, de las nacionales de Madrid y París, de la Angélica de Roma y otras, y repertorio selecto y variado de artículos científicos y literarios, escritos ya en latin, ya en nuestro romance; revista en la cual ha ganado copiosos é inmarcesibles lauros el brioso y elocuente refutador de Draper, el castizo historiador de Fray Alonso de Orozco, el profundo y sutil analizador de las relaciones entre la libertad y la fé, *R. P. Tomás Cámara*, elevado recientemente á la dignidad episcopal en calidad de auxiliar del Emmo. cardenal arzobispo de Toledo, por cuyo fallecimiento viste hoy luto la Iglesia primada.

Á tan esclarecida Órden perteneció el docto *Muñoz Capilla*, autor de la obra que anunciamos al principio de estas líneas. Era natural de Córdoba, consumado en el cultivo de muchas disciplinas, especialmente de las ciencias naturales y maestro en el manejo de la lengua castellana. La Real Academia de la Historia le abrió sus puertas, nombrándole Académico correspondiente en 4 de Julio de 1817. Nos legó, aparte de otros trabajos que se conservan inéditos, un *Tratado del verdadero origen de la Religión y sus principales épocas*, en que con gran copia de erudición impugnó la obra titulada «Orígen de todos los cultos» del astrónomo francés Dupuis, mereciendo ser contado entre los mejores apologistas del presente siglo; el *Libro del Eclesiastés*, explicado con notas que facilitan su inteligencia,

joya de inapreciable valor, de la cual se ha hecho recientemente esmerada edición; y el *Arte de escribir*, con tan feliz acierto reimpresso por los PP. Agustinos de Valladolid, y enriquecido con oportunas y muy discretas notas explicativas por el P. Conrado Muñoz Saenz de la misma Orden. Esta valiosa producción formaba parte de un gran libro que con el título de *El Plácido* tenía en plan el docto autor y en el cual pensaba desenvolver un tratado completo de educación. La muerte fué obstáculo á la realización de tan hermosa idea; pero aún dejó terminados algunos de aquellos estudios parciales, cuyo sobresaliente mérito hace presumir el valor que tendría el conjunto. Á este número pertenecen la *Gramática filosófica de la lengua española*, la *Organización de las Sociedades* y finalmente el *Arte de escribir*.

Es este libro un verdadero tratado de Filosofía de la Elocuencia, digno de figurar al lado de las tan celebradas producciones de Antonio Capmany y José Gómez Hermosilla, renombrados preceptistas españoles, con la ventaja de revelar su autor mayores alientos filosóficos que el primero y criterio literario más ámplio y racional que el segundo. El estilo recuerda los mejores tiempos del habla castellana por lo grave y castizo. Excusamos hacer mayores elogios, prefiriendo que el lector se convenza por sí mismo de la verdad y sinceridad de nuestras afirmaciones. (*)

Cúmplenos sólo, á fuer de amantes de nuestras glorias religiosas y literarias, rogar encarecidamente á los doctos agustinos vallisoletanos, que no desmayen en la senda em-

(*) El docto canónigo cordobés D. Antonio Gómez escribió unos apuntes para la vida literaria de nuestro agustino, los cuales presentó á la Real Academia de la Historia.

prendida de publicar las obras de sus preclaros ascendientes, en la seguridad de que se lo agradecerán las letras patrias.

II—Gramática griega elemental, con reglas en metro castellano, por D. Joaquin Lopez Moreno, Doctor en Filosofía y Letras y Licenciado en Derecho civil y canónico.—Granada, 1884, imp. de D. J. Lopez Guevara.—Tomo de 236 págs. en 4.º

En medio del general olvido é indiferencia en que hoy se tiene en España el cultivo de las lenguas sabias, consuela el ánimo ver que se conserva todavía la gran tradición filológica española, en orden á la rica, flexible y armoniosa lengua de Homero y Demóstenes. Gallarda muestra nos ofrece el Dr. Lopez Moreno en la publicación de su Gramática. Siguiendo las huellas trazadas por distinguidos tratadistas, ha reunido compendiosamente en su obra cuántas reglas hay que tener presentes para alcanzar adecuado conocimiento de la lengua griega. El estilo es claro y sencillo cual compete á las obras elementales, lo cual la hace en extremo recomendable.

III—Gramática histórica de las lenguas castellana y catalana, por D. Ignacio Farré y Carrió, Licenciado en Filosofía y Letras, profesor de Gramática y Filología catalanas en el Centro catalan, etc.—Barcelona, imp. de Verdaguer, 1884.—Tomo de 175 págs. en 4.º

Es esta la primera obra que ve la luz pública en España consagrada á formar el proceso histórico de las dos lenguas.

Loable es el intento del docto autor en querer resucitar en nuestra patria los trabajos filológicos y lingüísticos que en tanta estima tuvieron Nebrija, Sánchez de las Brozas, Hervás y Panduro, y tantos otros eximios varones que destacan cual radiantes estrellas en el firmamento de nuestras letras.

JOSÉ IGNACIO VALENTÍ.